

canzase este objeto, el más próximo de todos, pero puramente negativo, y si en medio de una confusión general debiese llegar á la realización de sus ideas, sería poco probable que el poder supremo fuese conservado por el entendimiento abstracto. Si nuestra cultura actual llega á destruirse, su sucesión no volverá á Iglesia alguna existente, y menos todavía al materialismo; pero de un rincón, generalmente ignorado, saldrá alguna locura monstruosa, tal como el libro de los Mormones ó el espiritismo; las ideas entonces en curso se fundirán con esta locura y se establecerá así un nuevo centro del pensamiento universal acaso para millares de años.

No hay más que un medio de prevenir la alternativa de esta destrucción ó de un sombrío estancamiento; pero este medio no consiste, como cree Strauss, en los cañones dirigidos contra los socialistas y los demócratas, sino sola y únicamente en la derrota del materialismo, efectuada oportunamente, y en la supresión del antagonismo que existe en nuestra vida nacional entre los hombres instruidos y el pueblo cuyas necesidades intelectuales no han sido satisfechas.

Ideas y sacrificios pueden todavía salvar nuestra cultura y cambiar el camino que conduce á la revolución devastadora, en senda jaloneada de bienhechoras reformas.

CAPITULO IV

El punto de vista del ideal.

El materialismo como filosofía de la realidad.—Esencia de la realidad.—Las funciones de la síntesis en la especulación y en la religión.—Origen del optimismo y del pesimismo.—Valor é importancia de la realidad.—Sus límites; el paso que lleva al ideal.—La realidad necesita ser completada por un mundo ideal.—Poesías filosóficas de Schiller.—El porvenir y la esencia íntima de la religión.—La filosofía de la religión, particularmente Fichte.—Agrupación de los hombres según la forma de su vida interna.—Destinos de la religión en épocas críticas.—Posibilidad de nuevas formas de religión.—Condiciones en que la religión puede existir.—Condiciones de la paz entre puntos de vista diametralmente opuestos.—La polémica relativa al materialismo es un grave síntoma de nuestra época.—La cuestión social y los hechos inminentes.—Posibilidad de una transformación pacífica.

El materialismo es el primero, el más bajo, pero comparativamente también el más sólido grado de la filosofía. Contrayéndose inmediatamente al conocimiento de la naturaleza forma un sistema, descuidando ver los límites de este mismo conocimiento. La necesidad que reina en el dominio de las ciencias naturales, da á cada una de las partes del sistema, que más inmediatamente se apoya sobre estas ciencias, un grado considerable de uniformidad y solidez. Un reflejo de esta solidez y de esta necesidad cae también sobre el sistema como tal; pero este reflejo es engañoso. Precisamente lo que hace del materialismo un sistema ó hipótesis fundamental que liga y transforma en un todo, por un vínculo común, los conocimientos fragmentarios de la naturaleza, es, no sólo la parte menos segura, sino también la que está menos al abrigo de los ataques de una crítica profunda. La misma

relación absolutamente se repite en las ciencias particulares sobre las que el materialismo se asienta, y, por consecuencia, en todas las partes distintas del sistema. La solidez de estas partes, bien examinada, no es más que la solidez de los hechos de la ciencia, y esta solidez se encuentra sobre todo en los hechos particulares, en los datos inmediatos de la experiencia.

La vista de conjunto que convierte los hechos en ciencias y la ciencia en sistema, es un fruto de la libre síntesis y proviene por lo tanto del mismo origen que la creación del ideal; pero mientras éste dispone en completa libertad de la materia, la síntesis sólo tiene el dominio del movimiento, la libertad de su origen, que emana del espíritu poético del hombre y está, por otra parte, encargada de la tarea de establecer la más grande armonía posible entre los factores necesarios del conocimiento, abstraídos á nuestro capricho. Del mismo modo que el técnico está ligado en un invento al fin que éste debe alcanzar, mientras que la idea de esta misma invención brota libremente en su espíritu, así también cada inducción científica verdadera es al mismo tiempo la solución de un problema determinado y un producto de nuestro espíritu poético.

El materialismo, más que todo otro sistema, se une á la realidad, es decir, al conjunto de los fenómenos necesarios, dados por las impresiones que sufren forzosamente los sentidos. En cuanto á una realidad, tal como el hombre se la figura, y tal como él continúa deseándola después de que ha minado esta quimera: una existencia absolutamente sólida, independiente de nosotros y, sin embargo, por nosotros reconocida, no hay ni puede haber semejante realidad, porque el factor sintético y creador de nuestro conocimiento se extiende efectivamente hasta las impresiones primeras de los sentidos y á los elementos de la lógica (17). El universo es, no solamente una representación, sino también nuestra representación, un producto

de la organización de la especie en los rasgos generales y necesarios de toda experiencia, un producto del individuo en la síntesis, disponiendo libremente del objeto. Se puede, pues, también decir que la «realidad» es el fenómeno para la especie, mientras que la apariencia falaz es un fenómeno para el individuo, fenómeno que no viene á ser un error más que porque se le atribuye la realidad, es decir, la existencia para la especie.

Pero la labor de establecer la armonía entre los fenómenos y la unidad en la diversidad de los datos empíricos, pertenece, no sólo á los factores sintéticos de la experiencia, sino también á los de la especulación. Aquí, no obstante, la organización unificadora de la especie nos abandona, el individuo poetiza á su manera y el producto de esta poesía no adquiere importancia para la especie, es decir, para la nación y los contemporáneos, sino en tanto que el individuo que crea dicha poesía está rica y regularmente dotado, es típico en su manera de pensar y llamado á dirigir en virtud de su fuerza intelectual.

Sin embargo, la poesía de los conceptos en la especulación no es todavía completamente libre; aspira, además, lo mismo que la investigación empírica, á hacer un cuadro unitario del conjunto de sus datos; pero el mandato tutelar de los principios de la experiencia le hace falta. Solamente la ficción, tomada en el sentido más restringido, sólo la poesía, permite abandonar de una manera consciente el terreno de la realidad. En la especulación la forma va en la materia; en la poesía la domina completamente. El poeta inventa por el libre juego de su espíritu un mundo fantástico, é imprime tanto más fuertemente en la materia móvil una forma cuanto que tiene en sí misma su valor y su importancia, independientemente de los problemas del conocimiento.

Desde los grados más bajos de las síntesis en que el individuo aparece todavía ligado á los principios que gobiernan la especie, hasta el hecho de la fuerza creadora

de la poesía, la esencia de este acto va siempre dirigida á la creación de la unidad, de la armonía y de la forma perfecta. El mismo principio que reina como señor absoluto en el terreno de lo bello, en el arte y en la poesía, aparece en el terreno de la acción como la verdadera norma ética, como el fundamento de todos los principios de la moral, y en el terreno del conocimiento como el factor determinante y confeccionador de nuestra concepción del universo.

Así, aunque la concepción del universo que los sentidos nos dan se forma involuntariamente, según el ideal que nos es inherente, el mundo entero de la realidad no aparece ante las libres creaciones del arte como menos inarmónico y lleno de contrariedades. Allí está el origen de todo optimismo y de todo pesimismo. Si no comparamos, seremos incapaces de formarnos un juicio sobre la cualidad del mundo; pero cuando desde un punto elevado cualquiera contemplamos un paisaje, todo nuestro ser está dispuesto á atribuirle belleza y perfección. Es preciso que por medio del análisis comencemos por destruir la poderosa unidad de este cuadro, para acordarnos de que en esas chozas, reposando pasivamente en el flanco de la montaña, viven hombres infelices y agobiados de cuidados; que acaso haya detrás de esta pequeña ventana entornada un enfermo que soporta los más terribles sufrimientos; que bajo las cimas del lejano bosque, agitadas por el viento, aves de rapina desmenuzan su víctima palpitante; que en las argentinas ondas del río mil pequeños seres, apenas entrados en la vida, encuentran una muerte cruel. Para nosotros, que echamos una mirada de conjunto, estas ramas desecadas, estos campos de trigos roídos por el tizón, estas praderas quemadas por el sol, no son más que las tintas de un paisaje que regocija nuestros ojos y eleva nuestro corazón.

Tal aparece el universo al filósofo optimista que ensalza la armonía que él mismo ha introducido en aquél.

Al contrario, el pesimista tiene razón en mil casos, y, sin embargo, no existiría el pesimismo sin la imagen idea del universo que llevamos en nosotros. Sólo el contraste con esta imagen ideal es el que hace mala la realidad.

Mientras más libertad de acción tiene la síntesis, más estética se hace la concepción del universo y más reacciona moralmente esta concepción sobre todos nuestros actos. Como la poesía, la especulación, aunque no teniendo otro objeto aparente que el conocimiento, va guiada por miras esencialmente estéticas y éticas en virtud de la fuerza educadora de lo bello. En este sentido se podría seguramente decir con Strauss que toda filosofía verdadera es necesariamente optimista. Pero la filosofía es más que una especulación que se limita á hacer poesía, pues abraza también la lógica, la crítica y la teoría del conocimiento.

Podemos llamar inferiores, tomadas una á una, las funciones de los sentidos y del entendimiento que nos dan la realidad, comparativamente al sublime vuelo del espíritu en las libres creaciones del arte; pero en su conjunto y en su conexión, estas funciones no se dejan subordinar á ninguna otra actividad intelectual. Aunque nuestra realidad no esté apenas conforme con los deseos de nuestro corazón, no es por eso menos sólido el fundamento de toda nuestra existencia intelectual. El individuo se desarrolla sobre el suelo preparado por la especie, y el conocimiento universal y necesario forma la base única y segura de donde el individuo se eleva hasta una concepción estética del universo. Si esta base es descuidada, la especulación no puede llegar á ser típica ni á tener importancia y se pierde en lo fantástico, en el capricho subjetivo y en la insignificancia pueril. Pero ante todo, la más exacta concepción de la realidad es el fundamento completo de la vida diaria, la condición necesaria de la sociabilidad humana. La comunidad de la especie en el conocimiento es al mismo tiempo la ley de todo cambio

de ideas. Es más todavía; es el único camino por el cual se llega á dirigir la naturaleza y sus fuerzas.

Por más que se diga que la acción transformadora de la síntesis psíquica desciende hasta nuestras representaciones más elementales de las cosas de un objeto, no tenemos por eso menos el convencimiento de que estas representaciones y el mundo que de ellas proviene tienen un substratum que no emana de nosotros. Este convencimiento descansa esencialmente en que descubrimos entre las cosas, no sólo una conexión que podría muy bien ser el plan conforme al cual las hemos concebido, sino también un concurso que sigue su camino sin preocuparse de nuestro pensamiento, se apodera de nosotros mismos y nos somete á sus leyes. Este elemento extraño, este no-yo, no vuelve á ser el «objeto» de nuestro pensamiento, sino porque se apodera cada individuo de las formas generales y necesarias del conocimiento de la especie; pero esta no es una razón para creer que no se compone más que de esas formas de conocimiento. Tenemos ante nosotros, en las leyes de la naturaleza, no sólo las leyes de nuestro conocimiento, sino también pruebas de otra cosa: de una fuerza que ya nos subyuga ó bien se deja subyugar por nosotros. En las relaciones con esta fuerza, estamos exclusivamente reducidos á la experiencia y á la realidad, y jamás la especulación ha encontrado los medios de penetrar en el mundo de las cosas por la magia del simple pensamiento.

Pero el método, que á la vez nos conduce al conocimiento y al dominio de la naturaleza, pide nada menos que la destrucción incesante de las formas sintéticas, bajo las cuales el mundo se nos ofrece, á fin de eliminar todo lo que es subjetivo. El nuevo conocimiento, mejor apropiado á los hechos, no podría, en verdad, adquirir forma y estabilidad sino por la vía sintética; la investigación, sin embargo, va empujada hasta concepciones cada vez más simples, y obligada, al fin, á sujetar-

se á los principios de la concepción mecánica del universo.

Toda falsificación de la realidad ataca los fundamentos de nuestra existencia espiritual. Ante ficciones metafísicas que tienen la pretensión de penetrar en la esencia de la naturaleza y determinar, conforme á simples conceptos, lo que sólo la experiencia puede enseñarnos, es el materialismo, como contrapeso, un verdadero beneficio hacia el que además todos los sistemas filosóficos, que tienden á no conceder valor más que á lo real, deben converger necesariamente. En cambio, dicho materialismo es absolutamente extraño á las más altas funciones del libre espíritu humano, y, abstracción hecha de su insuficiencia teórica, pobre en estímulos, estéril para el arte y la ciencia é indiferente ó inclinado al egoísmo en las relaciones de hombre á hombre. Apenas puede unir el último al primer anillo de su sistema sin ser tributario del idealismo.

Si se examina de qué manera Strauss embellece su universo á fin de poder adorarle, se viene á pensar que, hablando propiamente, no se halla todavía muy apartado del deísmo. Parece que es casi cuestión de gusto adorar el masculino «Dios», el femenino «Naturaleza», ó el neutro (en alemán «All») «todo». Los sentimientos son los mismos y el modo de representar el objeto que los inspira no difiere esencialmente. En teoría este Dios no es ciertamente un ser personal, y en las elevaciones entusiastas del alma el *todo* es tratado también como una persona.

He aquí una conclusión que no podría legitimar la ciencia de la naturaleza. Toda ciencia de la naturaleza es analítica y se fija en lo particular. Un descubrimiento aislado nos alegra; el método nos obliga á admirar, y, por la serie continua de los descubrimientos, nuestra mirada se dirige hacia el lejano infinito de una ciencia cada vez más perfecta; pero abandonamos entonces el terreno de la ciencia rigurosa. El universo, tal como lo comprende-

mos en una concepción puramente conforme con la ciencia de la naturaleza, no puede entusiasmarnos más que una Iliada que se delecte. Si, por el contrario, tomamos el Todo como unidad, hacemos, mediante el acto de la síntesis, entrar nuestro propio ser en el objeto, de igual suerte que disponemos armónicamente un paisaje, contemplándolo, cualesquiera que sean las discordancias que puedan ocultarse en los detalles. Toda mirada de conjunto está sometida á principios estéticos y cada paso dado hacia el *Todo* es un paso hacia el ideal.

El pesimismo, que se apoya también en una mirada de conjunto, es un producto de la reflexión. Las mil contradicciones de la vida, la fría crueldad de la naturaleza, los sufrimientos y las imperfecciones de todos los seres, están reunidos en sus rasgos particulares y la suma de estas observaciones se opone á la imagen ideal del optimismo como un acto de acusación anonadante para el universo. Mas en esta vía no se obtiene un cuadro completo del universo. Solamente la concepción del universo del optimismo queda aniquilada, lo que es mucho cuando el optimismo tiene la pretensión de hacerse dogmático y ofrecérsenos como representante de la verdadera realidad. Todos estos bellos pensamientos de la desarmonía de detalle que se funda en la armonía del gran Todo y de la contemplación del conjunto, comprensión divina del mundo en que todos los enigmas se resuelven y todas las dificultades desaparecen, son destruídos con éxito por el pesimismo; pero esta destrucción no alcanza más que al dogma y no al ideal; no puede eliminar el hecho de que nuestro espíritu está creado para producir eternamente de nuevo en sí mismo una concepción armónica del universo, el hecho de que aquí, como en todas partes, colocado el ideal al lado y por encima de lo real, se repone de las luchas y necesidades de la vida elevándose por el pensamiento hasta el mundo de todas las perfecciones.

Esta tendencia del espíritu humano hacia el ideal, ad-

quiere una nueva fuerza por la convicción de que nuestra realidad en sí misma no es una realidad absoluta, sino un fenómeno, forzando de una parte al individuo y rectificando sus combinaciones accidentales, y formando de otra para la especie un producto necesario de sus disposiciones, en concurrencia con factores desconocidos. Estos factores desconocidos nos los representamos como cosas que existen independientemente de nosotros y que poseerían en consecuencia esta realidad absoluta que acabamos de declarar imposible. Sin embargo, esta imposibilidad persiste, porque en la idea de la cosa, desprendida como unidad del encadenamiento infinito del ser, yace este factor subjetivo que está completamente en su lugar como elemento de nuestra realidad humana, pero que más allá no ayuda sino á llenar, conforme á la analogía de nuestra realidad, el vacío por ser absolutamente inaccesible y que necesariamente debe ser admitido.

Kant ha rechazado los esfuerzos de la metafísica que busca los verdaderos fundamentos de todo ser, á causa de la imposibilidad de una solución cierta, y ha limitado la tarea de esta ciencia al descubrimiento de todos los elementos de la experiencia dados *a priori*. Pero puede preguntarse si no es impracticable esta misma tarea, y aun si el hombre, en virtud de la inclinación natural hacia la metafísica, reconocida por Kant mismo, no intentaría siempre de nuevo derribar los límites del conocimiento y construir en el aire los sistemas resplandecientes de un pretendido conocimiento de la esencia absoluta de las cosas; porque los sofismas que facilitan esta tentativa son inagotables y, mientras ellos rodean hábilmente la posición de la crítica, una ingeniosa ignorancia domina todos los obstáculos con éxito más sorprendente que nunca.

Una cosa es cierta: que el hombre tiene necesidad de completar la realidad con un mundo ideal que él mismo crea, y que á estas creaciones concurren á las más altas

y nobles funciones de su inteligencia. Pero, ¿es necesario que esta libertad del espíritu tome sin cesar la forma engañosa de una ciencia demostrativa? Si así es, el materialismo reaparecerá siempre para destruir las más atrevidas especulaciones, procurando satisfacer la tendencia que lleva a la razón hacia la unidad por un minimum de elevación sobre lo que es real y demostrable.

No debemos, en Alemania sobre todo, desesperar de encontrar otra solución del problema. Desde que en las poesías filosóficas de Schiller se nos ha ofrecido una exposición que une al más noble vigor del pensamiento la más alta elevación de la realidad, y que da al ideal una fuerza irresistible relegándole franca y terminantemente al dominio de la imaginación, con lo que no podremos decir que toda especulación deba revestir también la forma de la poesía; las poesías filosóficas de Schiller son, sin embargo, sencillos productos de la inclinación natural hacia la especulación, son arranques religiosos del corazón hacia las puras y límpidas fuentes de todo lo que el hombre ha venerado hasta aquí como divino y supraterrrestre. Dejemos a la metafísica continuar su intento de resolver sus insolubles problemas. Mientras más teórica sea y más quiera rivalizar en certidumbre con las ciencias de la realidad, menos importancia general adquirirá. Pero mientras más ponga «el mundo de lo que es», en relación con el «mundo de los valores» y se eleve por su concepción de los fenómenos mismos a una acción moral, más hará dominar la forma sobre la materia sin violentar los hechos y erigirá, en la arquitectura de sus ideas, un templo para adorar lo eterno y lo divino. En cuanto a la libre poesía, podrá abandonar enteramente el terreno de lo real y marchar hacia el mito para prestar la palabra a lo indecible, a lo inexpresable.

Nos hallamos, pues, ante una solución enteramente satisfactoria respecto al porvenir más ó menos próximo de la religión. No hay más que dos caminos entre

los que es preciso elegir, después de madura reflexión, cuando se ha visto que el simple racionalismo se pierde en la arena de la vulgaridad sin poder nunca desembarazarse de dogmas insostenibles. Uno de aquellos caminos consiste en suprimir y abolir enteramente toda religión y transferir su cometido al Estado, a la ciencia y al arte; el otro, en penetrar en la esencia de la religión, en vencer todo fanatismo y toda superstición gracias al vuelo consciente por encima de la realidad y a la renuncia definitiva de la falsificación de lo real por medio del mito, que no puede conducir al objeto del conocimiento.

La primera de dichas sendas entraña el peligro de un empobrecimiento intelectual, y ante la segunda surge la gran cuestión de saber si en este mismo momento la esencia de la religión no sufre una transformación que difícilmente permitirá apoderarse de ella de un modo preciso. Pero el segundo peligro es el menor, porque justamente el principio de la espiritualización de la religión debe facilitar y dulcificar toda transición exigida por las progresivas necesidades de la cultura moderna.

Podemos, además, preguntarnos si el suprimir toda religión, por deseable que parezca a los ojos de más de un benévolo pensador, sería siquiera posible. Ningún hombre sensato querrá proceder en esto súbita y, menos todavía, violentamente. Se verá más bien en este principio una regla de conducta para la clase más instruída, poco más ó menos en el sentido de Strauss, cuyo resto de religión no tiene gran cosa que hacer aquí. En seguida se tratará de utilizar el Estado y la escuela para suplantarlo paulatinamente la religión en la vida del pueblo y preparar sistemáticamente su desaparición. Suponiendo el empleo de semejantes procedimientos, sería permitido interrogarse si, a pesar de las luces divulgadas por la escuela, no se manifestaría por ello, aun en el pueblo, una reacción a favor de un concepto fanático y estrecho

de la religión, ó si la raíz que no hubiese sido cortada no produciría incesantemente nuevos retoños salvajes, pero llenos de vigor. El hombre busca la verdad de lo real, y quiere extender sus conocimientos mientras se sienta libre. Encadenadle á lo que se puede alcanzar por los sentidos y el entendimiento, y se revelará y dará acaso á la libertad de su imaginación y de su espíritu formas más groseras que las que se hubiesen felizmente destruido.

En tanto que se busque la esencia de la religión en ciertas teorías sobre Dios, el alma humana, la creación y el orden del universo, seguiráse por necesidad que toda crítica que comienza lógicamente por echar el trigo candeal, terminará al fin en una negación completa. Se tamiza tanto que al cabo nada queda.

Si, por el contrario, se ve la esencia de la religión en la elevación de las almas sobre lo real y en la creación de una patria de los espíritus, las formas más depuradas podrán todavía dar esencialmente lugar á los mismos procesos psíquicos que la fe del carbonero en la turba ignorante, y, á pesar del refinamiento filosófico de las ideas, no se descenderá jamás á cero. Un acabado modelo del género es la manera con que Schiller, en su «Reinado de las sombras», ha generalizado la teoría cristiana de la redención por la idea de una redención estética. La elevación del espíritu en la fe viene á ser aquí una huida hacia el país de los pensamientos de la hermosura, en el que todo trabajo tiene su reposo, toda lucha su paz y toda necesidad su satisfacción. Pero el corazón, amedrentado por la terrible fuerza de la ley, á la que ningún mortal puede resistir, se abre á la voluntad divina, que reconoce como la verdadera esencia de su propia voluntad, y así se encuentra reconciliado, con la divinidad. Aunque estos momentos de elevación sean breves, obran, no obstante, sobre el alma, libertándola y depurándola, y en lontananza entrevemos la felicidad final que nadie

puede arrebatarlos y que está representada bajo la imagen de Hércules subiendo al cielo. Este poema es el producto de un tiempo y de un medio intelectual que no estaban, ciertamente, dispuestos á favorecer muy ampliamente el elemento cristiano. El poeta que cantó los «Dioses de la Grecia» no se desmiente; en cierto sentido, todo aquí es pagano, y, sin embargo, Schiller se aproxima á la vida tradicional de la fe cristiana más que la dogmática sabia, que mantiene caprichosamente la idea de Dios y abandona por irracional la teoría de la redención.

Habituémonos, pues, á dar al principio de la idea creadora en sí y fuera de toda relación con el conocimiento histórico y científico, pero también sin falsificación de este conocimiento, un valor más alto que el que hasta aquí se le dió; á ver en el mundo de las ideas una representación imaginada ó emblemática de la verdad completa, tan indispensable para todo progreso humano como los conocimientos de la inteligencia, y á medir la mayor ó menor importancia de cada idea por los principios éticos y estéticos. Este consejo parecerá, á más de un viejo ó nuevo creyente, asemejarse al acto por el cual se le retirase á uno el suelo de debajo de sus pies, exigiéndole que permaneciese derecho como si nada hubiese pasado. Pero aquí se pregunta: ¿Cuál es el terreno de las ideas? ¿Es su clasificación en el conjunto del mundo de las ideas, conforme á consideraciones éticas, ó la relación en la realidad experimental de las representaciones por las que la idea se expresa? Cuando se hubo demostrado el movimiento de la tierra, todos los prohombres (Philister) creyeron que se caerían necesariamente si esta peligrosa teoría no era refutada; poco más ó menos como hoy día más de un mentecato teme llegar á ser un tarugo si Vogt puede demostrarle que no hay alma. Si la religión tiene un valor y este valor duradero reside en el contenido ético y no en el contenido lógico, lo mismo

ha debido ser antiguamente, aunque se mirase como indispensable la creencia servilmente literal.

Si este estado de cosas no hubiese sido comprendido claramente por los sabios, y aun de un modo vago presentido por el pueblo, ¿cómo en Grecia y en Roma se habrían atrevido, poetas y escultores, á dar vida al mito y nuevas formas al ideal de la divinidad? El catolicismo mismo, en apariencia tan rígido, no hacía en el fondo del dogma más que un poderoso garfio para impedir que se derrumbase el gigantesco edificio de la Iglesia, mientras que el poeta en la leyenda y el filósofo en las profundas y audaces especulaciones de la escolástica manejaban á su arbitrio la materia religiosa.

Jamás, es cierto, jamás, desde que el mundo existe, las gentes que podían elevarse sobre la más grosera superstición, tuvieron un dogma religioso por tan verdadero como un conocimiento adquirido por los sentidos, el resultado de una operación aritmética ó una simple conclusión del entendimiento, aunque quizás nunca, hasta los tiempos modernos, haya reinado una claridad completa sobre la relación de estas *verdades eternas* con las invariables funciones de los sentidos y del entendimiento. Puede siempre descubrirse, en los discursos ó en los escritos de los más celosos ortodoxos, el punto en que entran manifiestamente en la interpretación simbólica de los dogmas y donde reproducen, bajo formas plásticas, el desenvolvimiento subjetivo que la idea religiosa ha tomado en ellos, con las mismas expresiones, con los mismos vivos colores con que saben pintar de una manera tan sensible y palpable las doctrinas relativamente objetivas admitidas por una gran comunidad y consideradas como inatrocables por los individuos.

Si estas verdades de la enseñanza general de la Iglesia son celebradas como «superiores» á todas las demás, aun á las que resultan del empleo de la tabla de multiplicación, subsiste siempre, al menos, un presentimiento de que esta

superioridad no reposa sobre una mayor certidumbre, sino sobre un mayor respeto, puesto que no puede ser amenguado, ni por la lógica, ni por la mano que palpa, ni por el ojo que ve, porque para él la idea, como forma y esencia de la situación moral, puede ser un objeto de aspiración más poderoso que la materia más real. Pero aun cuando en términos formales se alabe la certidumbre más grande, más elevada, más positiva de las verdades religiosas, estos términos son sólo circunloquios ó desdenes de un alma exaltada que pone el arranque del corazón, la fuente viva de la edificación de la fuerza y de la vida impetuosa del mundo divino de las ideas, muy por encima del sano conocimiento que enriquece la inteligencia, como una pequeña moneda cuyo empleo no se encuentra. Esta disposición del alma alcanza su más alta expresión en la de un Lutero que, derrocando él mismo con su oposición un edificio de más de mil años, llega hasta maldecir la razón que resiste á lo de que él se ha apoderado con toda la energía de su fogoso temperamento, como la idea de una nueva era.

De ahí viene también el valor que almas verdaderamente piadosas han atribuido siempre á la experiencia y á la comprobación internas, como pruebas de la fe. Muchos de estos creyentes, que deben la tranquilidad de su alma á los piadosos entusiasmos de la oración y que conversan en espíritu con Cristo como con una persona, saben muy bien, teóricamente, que se encuentran semejantes procesos del alma en dogmas por completo distintos y que el mismo éxito, la misma eficacia, han obtenido sectarios de religiones absolutamente diferentes. De la oposición de estas creencias y de lo incierto de una demostración que sostiene con igual fuerza ideas contradictorias, no tienen ellos generalmente conciencia, dado que es más bien la oposición común de toda fe contra la incredulidad la que toca su alma. ¿No es evidente, desde luego, que la esencia de la cuestión yace en la for-

ma del proceso espiritual y no en el contenido lógico ó histórico de cada una de las concepciones ó doctrinas? Estas pueden muy bien estar en conexión con la forma del proceso, como en el mundo de los cuerpos la mezcla química de las materias y la forma cristalina; pero, ¿quién nos demostrará esta conexión y segregará las leyes de esta clase de isomorfismo?

Este predominio de la forma en la fe se revela también en un hecho notable: que los creyentes de religiones distintas, hasta hostiles los unos á los otros, se avienen mejor entre sí, dan más testimonio de simpatía á sus más fogosos adversarios que á quienes se muestran indiferentes á las controversias religiosas. Pero el fenómeno más original que el formalismo religioso ofrece, se halla en la filosofía de la religión, tal como se ha constituido, en Alemania singularmente, desde Kant. Esta filosofía es una traducción formal de las doctrinas religiosas en doctrinas metafísicas. Un hombre tan alejado de la fe del carbonero, tan enemigo de las tradiciones no históricas y de las imposibilidades físicas, como jamás pudieron serlo los materialistas, Schleiermacher, produjo una verdadera corriente de renovación religiosa poniendo en relieve el contenido ético é ideal de la religión. El poderoso Fichte anunció la aurora de una nueva era por la difusión del Espíritu Santo en toda carne. El Espíritu que el Nuevo Testamento predijo debía conducir á los discípulos de Cristo á toda verdad, no es otro que el espíritu de la ciencia manifestada en nuestros días. Ésta nos enseña, en un conocimiento no velado, la unidad absoluta de la existencia humana y de la existencia divina, que fué por primera vez anunciada al mundo, en parábola, por Cristo. La revelación del Reino de Dios es la esencia del cristianismo, y este Reino es el de la libertad conquistada por la fusión de nuestra voluntad con la de Dios: muerte y resurrección.

Todas las doctrinas relativas á la resurrección de

los muertos, en el sentido físico de la palabra, son interpretaciones erróneas de la doctrina de aquel Reino de los cielos que constituye, en realidad, el principio de una nueva concepción del universo. Fichte pretendía muy seriamente transformar el género humano oponiendo la humanidad misma, en su perfección ideal, al individuo extraviado en su egoísmo. Así, el filósofo más radical de Alemania es, al mismo tiempo, el hombre cuyos pensamientos y tendencias forman el contraste más sorprendente con la máxima del interés de la economía política y con toda la dogmática del egoísmo. No en vano, pues, Fichte levantó el primero en Alemania la cuestión social, que no existiría si los intereses fuesen los únicos móviles de las acciones humanas, si las reglas abstractamente exactas de la economía política, constituyendo las solas leyes de la naturaleza, dirigiesen eternamente y de un modo invariable la marcha de los trabajos y luchas de la humanidad sin que jamás viniese á amanecer la idea superior por la que los más nobles miembros de la humanidad han luchado y sufrido desde hace miles de años.

«No, no nos abandones paladium sagrado de la humanidad, consolador pensamiento de que cada uno de nuestros trabajos y cada uno de nuestros dolores da nacimiento para nuestros hermanos á una nueva perfección, á una alegría nueva; que trabajamos para ellos y no lo hacemos en vano; que en el sitio en que ahora nos fatigamos y somos atropellados, y—lo que es peor todavía—en que divagamos y nos engañamos groseramente, florecerá un día una generación que podrá hacer siempre lo que quiera, porque no querrá más que el bien, mientras que nosotros, en regiones superiores, estaremos satisfechos de nuestros descendientes y encontraremos desarrollados en sus virtudes los gérmenes que habremos depositado en ellos reconociéndolos como nuestros. Perspectiva de este porvenir, entusiásmanos y danos el sentimiento de nuestra dignidad. Muéstranosla al menos en nues-

tras disposiciones, aunque nuestro estado presente lo contradiga. Difunde el valor y un sublime entusiasmo sobre nuestras empresas, y, aunque seamos destrozados, seamos reanimados —mientras nos sostenga el primer pensamiento: he cumplido mi deber—por el segundo pensamiento: ninguna semilla arrojada por mí será perdida en el mundo moral, el día de la cosecha verá mis frutos y con sus tallos me tejeré inmortales coronas».

El arranque poético que dominaba á Fichte cuando escribía estas palabras, no se apoderó de él á propósito de una contemplación religiosa confusa, sino á propósito de Kant y de la Revolución francesa. Así marchaban en él unisonas vida y doctrinas, y, mientras la palabra de vida era prostituida por los mercenarios de la Iglesia al servicio de la muerte, de la ignorancia y del príncipe de este mundo, surgía en él el espíritu destructor de todas las cadenas, declarando en alta voz que la destrucción de lo que existía en Francia había al menos traído alguna cosa mejor que las Constituciones despóticas con tendencia á la degradación de la humanidad.

De notar es que en un examen profundo las ideas y los esfuerzos del hombre se agrupan con frecuencia de muy distinta manera que aparecen de ordinario. Una locución trivial dice que los extremos se tocan, lo que no es siempre verdadero. Jamás, jamás el librepensador decidido podrá experimentar simpatías hacia el rígido gobierno de la Iglesia y hacia la fe literal muerta; pero la tendrá para el ímpetu profético del hombre piadoso en quien el Verbo se ha hecho carne y que rinde testimonio al espíritu de que está poseído. Nunca el sabio dogmatizador del egoísmo experimentará simpatías por los silenciosos de la tierra que de rodillas en su humilde aposento buscan un reino que no es de este mundo; pero lo tendrá para el rico pastor que sabe defender valientemente la fe, mantener convenientemente su dignidad, regir hábilmente sus bienes y brindar con un vaso en la mano en

el bautismo de un niño de la clase opulenta ó en la inauguración de una línea de ferrocarril.

Así como la forma de la vida espiritual descubre el fondo más íntimo del hombre, así las relaciones con los heterodoxos son también precisamente una excelente piedra de toque de los espíritus para saber si están ellos ó no en la verdad. Es preciso ser un mal discípulo de Cristo, en el sentido de la verdadera piedad, para no figurarse que el Señor, cuando aparezca sobre las nubes á fin de juzgar á los vivos y á los muertos, pondrá un ateo como Fichte á su derecha, mientras que pasarán á su izquierda millares de individuos gritando con los ortodoxos: «¡Señor, Señor!» Hay que ser poco amigo de la verdad y de la equidad para despreciar á A. H. Franke como á un soñador, ó para no ver más que una vana ilusión en la oración de Lutero.

Realmente, en tanto que la religión en su esencia haga oposición al materialismo ético, conservará amigos en los rangos de los hombres más instruidos y más liberales, y solamente se pregunta si en ella misma el principio del materialismo ético, la «mundanización» (Verweltlichung), como los teólogos dicen, cobrará tales fuerzas que la conciencia que haya llegado á ser mejor sea obligada á desprenderse de todas las formas anteriores de su fe y á buscar nuevas vías. En este punto, en las relaciones de las religiones existentes con el conjunto de la cultura de su época, estriba el verdadero secreto de sus variaciones como de su persistencia, y todos los ataques de la crítica, por fundados é irresistibles que puedan ser, no constituyen la causa, sino solamente el síntoma de su decadencia ó de una gran fermentación en el conjunto de la vida intelectual de sus sectarios. Tampoco la evolución conservadora que con Hegel tomó la filosofía de la religión, á pesar de sus interpretaciones en general parecidas á las de Fichte, ha tenido frutos duraderos ni para la Iglesia ni para la filosofía. No es po-

sible reservar únicamente á los filósofos el conocimiento de la verdad sin velo y volver á sumergir á las masas en el solemne claroscuro del antiguo símbolo. Del mismo modo que en política la teoría que da la razón á lo que existe ha favorecido al absolutismo perniciosamente, así la filosofía contribuyó, por Schleiermacher y Hegel principalmente, á favorecer una tendencia que, abandonada por la sincera inocencia de la antigua mística, se esforzaba en salvar la religión por la negación de la negación.

Lo que protegía los dogmas de la religión contra la mordaz crítica, en los tiempos en que se elevaban las catedrales y en que nacían las poderosas melodías del culto, no eran las réplicas de prudentes apologistas, sino el santo respeto con que el alma admitía los misterios y el piadoso pavor con que el creyente evitaba en su fuero interno tocar al límite en que la verdad y la ficción se separan. Este piadoso terror no es la consecuencia de paralogismos que hacen admitir lo suprasensible, sino más bien la causa, y acaso esta relación de causa á efecto se remonte hasta los tiempos más antiguos, en que la cultura y las religiones no estaban desarrolladas. Epicuro mismo, al lado del temor, no admitía las formas sublimes de los dioses vistos en sueño, en el número de las fuentes de la religión?

¿Qué vendrán á ser las verdades de la religión cuando toda piedad haya desaparecido, cuando surja una generación que no haya conocido jamás las emociones profundas de la vida religiosa, ó que de ella se haya alejado después de haber cambiado de sentimientos? El tonto ridiculiza los misterios y mira desde la altura de su suficiente desprecio á los que pueden todavía creer en semejantes absurdos. En tanto que la religión conserva su plena autoridad, no son sus dogmas más extraños lo que primero se pone en duda. Críticos teólogos se esfuerzan en desplegar la mayor sagacidad y la erudición más extensa para rectificar la tradición sobre un punto cualquiera, muy alejado todavía de los principios fundamentales de

la fe y los físicos encuentran ocasión de reducir algún milagro notable á un fenómeno explicado por la física. Sobre dichos puntos se ahonda poco, y, cuando todos los medios de ataque y de defensa están agotados, se produce generalmente la aureola de venerabilidad y de inviolabilidad que rodea la tradición religiosa. Entonces solamente se llega á cuestiones mucho más sencillas; ¿cómo conciliar la omnipotencia y la bondad de Dios con la existencia del mal en el mundo? ¿Por qué las religiones de los demás pueblos no serán tan buenas como la nuestra? ¿Por qué no se hacen hoy milagros, milagros bien palpables? ¿Cómo puede ser que Dios se deje llevar de la cólera? ¿Por qué los servidores de Dios son tan malos y tan vengativos, etc.?

Si la tradición de la Iglesia ha perdido el crédito particular que reivindica, y se mira la Biblia como á todo otro libro, no puede uno figurarse á nadie de cerebro tan estrecho que no sea perfectamente capaz de comprender que tres no pueden hacer uno, que una virgen no puede parir y que un hombre vivo y corporal no puede volar al cielo azul. Si en seguida vienen á unirse á esto algunas nociones de las ciencias naturales, las que por ejemplo se cursan en las escuelas primarias, se ve multiplicarse sin fin los absurdos, con los que un chusco se divertirá sin poseer ni remotamente una inteligencia fuera de lo común ni una instrucción sólida. Si, no obstante, hombres inteligentes é instruidos permanecen todavía adheridos á la religión porque desde su infancia la sensibilidad ha desempeñado un gran papel en su vida, porque la imaginación, el corazón, el recuerdo de horas afortunadas le unen con mil raíces á los antiguos y queridos fundamentos de su fe, tenemos aquí un contraste que nos indica bastante claramente dónde están las fuentes de donde mana el río de la vida religiosa.

Mientras la religión sea cultivada en comunidades religiosas exclusivas, por sacerdotes que se presentan á los ojos del pueblo como los dispensadores privile-

giados de los misterios divinos, el ideal religioso no podrá jamás mostrarse en toda su pureza. Además, á la ideología es con demasiada frecuencia inherente el veneno de la creencia en la letra. El símbolo viene á ser involuntariamente y poco á poco un dogma inflexible, como la imagen de un santo se cambia en ídolo, y la lucha natural entre la poesía y el entendimiento degenera fácilmente, sobre el terreno de la fe religiosa, en antipatía para todo lo que es simplemente exacto, útil y conveniente y parece oprimir por todas partes el arranque de un alma libre. Se sabe todo el mal producido en muchas inteligencias noblemente dotadas, por el paso de la ideología á las excentricidades románticas y, al fin, á un funesto pesimismo. Nadie puede criticar á los amigos de la verdad y del progreso cuando dan testimonio de la desconfianza contra todo lo que quiere resistir al impulso general de nuestra época, á lo prosaico, principalmente si á esta resistencia se mezcla un tinte clerical. Porque si en la época de las guerras de la independencia (1813-1815) el romanticismo parecía haber realizado su alto fin, es evidente, por otra parte, que las tendencias de nuestro tiempo hacia los inventos, los descubrimientos, las mejoras políticas y sociales tienen que resolver problemas inmensos, decisivos acaso para el porvenir de toda la humanidad, y no es dudoso que toda la sangre fría de un serio trabajo, así como el completo y sincero sentimiento de la verdad de una conciencia crítica, son necesarios para elaborar estos problemas con dignidad y éxito. Cuando después venga el día de la cosecha, brillará de nuevo la llama del genio, que forma un todo con los átomos, sin saber cómo se ha efectuado.

Sin embargo, falta mucho para que las antiguas formas de la religión hayan completamente desaparecido, y ocurrirá difícilmente que su contenido ideal sea rechazado todo entero antes de que surjan las nuevas formas del idealismo ético. Las cosas no suceden de una manera tan

sencilla ni tan precisa en la sucesión de las opiniones y aspiraciones terrestres. El culto de Apolo y de Júpiter no había perdido todavía toda su importancia al hacer el cristianismo su irrupción, y el catolicismo guardaba aún en sí mismo un rico tesoro de inteligencia y de vitalidad cuando Lutero vino á derribarlo. Concíbese, así, que hoy todavía una nueva comunidad religiosa podría, por la fuerza de sus ideas y el encanto de sus principios sociales, conquistar el mundo en un solo vuelo, mientras que más de un árbol de la antigua plantación permanecería en la plenitud de su vigor y continuaría dando sus frutos; pero la simple negación es impotente allí donde se detiene el dominio del pasado y de la muerte que le está reservado.

No sabemos si de las creencias antiguas podría brotar también un torrente igual de vida nueva, ó si, en sentido inverso, una sociedad sin religión podría encender un fuego de poder tan devorador; pero una cosa es cierta, á saber: que cuando debe comenzar una era nueva y desaparecer una antigua, es menester que dos grandes cosas se combinen: una idea moral capaz de inflamar al mundo y una dirección social bastante poderosa para elevar á un grado considerable las masas oprimidas. Esto no se hace con el frío entendimiento ni con sistemas artificiales. La victoria sobre el egoísmo que destroza y aísla, y sobre el hielo de los corazones que mata, no será alcanzada más que por un gran ideal que aparecerá como un «extranjero venido del otro mundo», y que, exigiendo lo imposible, hará salir la realidad fuera de sus goznes.

En tanto que tal victoria no se realice y una nueva vida social no permita al pobre y al desgraciado sentir que es hombre entre los hombres, no se debe experimentar tanto el deseo de combatir la fe, á fin de no apelar á un remedio peor que el mal. Que se difunda la ciencia, que se proclame la verdad en todas las calles y

en todas las lenguas y después suceda lo que quiera. En cuanto á la guerra de independencia, guerra sistemática é implacable, que se la dirija sobre los puntos en que la libertad está amenazada, donde la verdad y la justicia tienen mordaza; dirijase contra las instituciones políticas y sociales, por las que las congregaciones religiosas adquieren una influencia corruptora contra la violencia tiránica de una jerarquía pérfida que mina sistemáticamente la libertad de los pueblos.

Si esas instituciones se eliminan y el terrorismo de la jerarquía se rompe, las opiniones más contrarias podrán moverse las unas al lado de las otras sin que el progreso continuo del genio inventivo se interrumpa ni extravíe; es verdad que ese progreso destruirá el temor supersticioso, destrucción que ya en gran parte se ha realizado hasta en las capas más inferiores de la sociedad; si la religión cae con este temor supersticioso, dejémosla caer; y si no cae, lo deberá á su contenido ideal que podrá subsistir en esta forma hasta que el tiempo la reemplace por otra; ni siquiera habrá ocasión de sentir que el contenido de la religión sea aún considerado como literalmente verdadero para la mayor parte de los fieles, ni aun para una fracción de la clerecía, porque esta fe literal, muerta y vacía de sentido, cuya acción es siempre perniciosa, no será ya apenas posible cuando toda opresión haya desaparecido.

Si el eclesiástico, por efecto de las asociaciones de ideas que en él dominan, no puede representar el elemento de la vida ideal, de la que es defensor, más que imaginándosela dotada de una vulgar realidad; si toma como histórico lo que no puede tener más que un valor simbólico, preciso será dejarle hacer, suponiendo que como sacerdote cumpla con su deber; si se retira á la clerecía todo poder temporal, sin exceptuar siquiera los derechos de corporación civil, y si se combate bajo todas las formas la constitución de un Estado dentro del Estado, el

arma más peligrosa de la teocracia se habrá roto en mil pedazos; además, sería menester una libertad ilimitada de enseñanza, tanto para la ciencia como para su vulgarización, siendo permitido criticar sin obstáculo alguno todos los abusos y todas las malas acciones. El Estado tiene el derecho y el deber, en tanto que con sus subvenciones y poder continúe sosteniendo las congregaciones religiosas, de exigir á sus miembros un cierto grado de cultura científica, y hará muy bien, saliendo de las condiciones actuales, olvidar ese deber y perderse en el laberinto de una pretendida separación de la Iglesia y el Estado; dicha separación, sinceramente efectuada, es la única solución lógica.

Toda organización eclesiástica de sociedad de creyentes forma un Estado dentro del Estado y puede con facilidad, á cada instante, usurpar el dominio civil; hay circunstancias en que puede, por interés de la civilización, tener el derecho y el deber de hacer saltar un gobierno ruinoso y decrepito; pero en general, y hoy sobre todo que se asigna cada vez más al Estado la tarea de civilizar, abandonada en otro tiempo á la Iglesia, la organización política de esta última se hace para el Estado un motivo de desconfianza y de muy serias inquietudes. La supresión de la organización política de la Iglesia hace únicamente posible la libertad religiosa ilimitada; no obstante, el Estado no puede trabajar en la destrucción de la dogmática religiosa mientras la Iglesia, á despecho de sus miras ambiciosas, represente todavía entre el pueblo el ideal ético. Fichte quería que el instructor eclesiástico del pueblo, destinado á servir de intermediario entre las masas y las gentes instruidas, tomara su sistema religioso en la escuela del filósofo; que la teología, si no renunciaba solemnemente á sus «exigencias y á los misterios», fuese restultamente expulsada de las universidades, y que, si renunciaba á ellos, su parte práctica se separase de su parte científica, que habria entonces de

fundirse en la enseñanza científica propiamente dicha.

Esta exigencia, en sí tan legítima, es aun menos realizable hoy que en la época en que Fichte la formuló. El papel de mediador entre el pueblo y la clase ilustrada no puede realizarse, aun cuando se intentara seriamente, más que teniendo en cuenta condiciones psicológicas, es decir, que ese papel reclama mucho tiempo y una marcha gradual; por otra parte, no se puede dar al clero una instrucción filosófica bastante profunda con una simple reorganización de los estudios; entretanto, el culto del ideal, en el pueblo, no debe desatenderse ni interrumpirse. Sería de desear que cada eclesiástico fuera una persona ilustrada, por lo menos en el valor y en los límites de todo ideal; pero si la estrechez de inteligencia ó la falta de medios de instrucción no permiten lograrlo sin perjudicar la fuerza llamada á propagar la idea, en este caso, y bien considerado todo, vale más sacrificar la instrucción que la fuerza.

Por otra parte, una ú otra cosa son lo mismo para el naturalista materialista; sin duda el resultado de sus fructuosas investigaciones, llenas de abnegación, está esencialmente determinado por su celo en la esfera de la actividad humana que ha elegido; es indudable que un empirismo severo y metódico sólo puede conducirlo al objeto propuesto, que una observación perspicaz y sin prejuicios del mundo de los sentidos y una lógica rigurosa en las conclusiones le son indispensables, y, en fin, que las hipótesis materialistas le abren siempre las más dilatadas perspectivas de nuevos descubrimientos; si su espíritu es bastante profundo y bastante extenso para unir á una actividad tan ordenada el conocimiento del ideal sin que entre la confusión, la obscuridad ó una estéril indecisión en el terreno de sus investigaciones, entonces y sólo entonces podrá reivindicar con derecho legítimo el título de hombre verdadero y cabal; pero si no es posible alcanzar esto, más vale, en la mayor parte

de los casos y en estas cuestiones, habérselas con pesados materialistas que con soñadores de cabeza ligera y embrollada; aunque la gran masa de los hombres lo desconozca siempre, existe ya el ideal en la abnegación á un gran principio ó en consagrarse á una esfera importante del conocimiento; los materialistas, que en su ciencia prestan servicios reales, no envidiarán el desempeñar el papel de misioneros de la negación, pero aun aceptándolo no perjudicarían tanto á la humanidad como los apóstoles de la confusión.

No obstante, si ambos extremos se justifican realmente, aun con su exclusivismo, se habrán de establecer en la sociedad relaciones tolerantes, si no afectuosas, desde que los últimos vestigios del fanatismo desaparezcan de nuestro código; si llegásemos ahí, sería otra la cuestión; la revolución religiosa, como la social, llama á nuestras puertas y sería preferible atravesar en paz el período de transición, pero las tempestades son más que probables. Así la polémica actual del materialismo se nos presenta como un grave síntoma de los tiempos; hoy, como en el período que precedió á Kant y á la Revolución francesa, una postración general de la curiosidad filosófica y un retroceso en las ideas son las causas de los progresos del materialismo; en tiempos semejantes, el material precedero donde nuestros antepasados ponían el sello de lo divino y sublime, por lo menos tanto como podían entenderlo, es devorado por las llamas de la crítica, así como el cuerpo orgánico, después de extinguirse el soplo vital, cae bajo el poder más general de las fuerzas químicas y se destruye para volver á su forma anterior; pero como en el círculo que recorre la naturaleza la descomposición de las materias inferiores da nacimiento á una nueva vida, á un sér de clase superior, aunque los viejos elementos desaparezcan, así esperamos que un nuevo impulso de la idea eleve á la humanidad á un nuevo grado.

Entretanto, las fuerzas disolventes cumplen con su deber; obedecen al imperativo categórico é inexorable del pensamiento desde el momento que en la ficción de lo trascendente predomina la letra, porque el espíritu la abandona para ir á buscar nuevas formas; pero la humanidad no podrá llegar á la paz perpetua más que cuando se reconozca la naturaleza imperecedera de toda ficción en el arte, en la religión y en la filosofía; cuando sobre la base de este reconocimiento cese para siempre el conflicto entre la ciencia y la ficción, entonces también alternarán armónicamente lo verdadero, el bien y lo bello, en vez de la obscura unidad á que se agarran hoy nuestras congregaciones libres que no admiten otro principio que el de la verdad empírica.

El porvenir, ¿verá elevarse nuevas catedrales ó se satisfará con habitaciones rientes bien soleadas? Los sonidos del órgano y el repique de las campanas, zafrastrarán el espacio con nueva intensidad ó la gimnástica y la música, como lo entendían los griegos, serán la base de la educación de un nuevo período de la historia universal? En ningún caso la obra del pasado se habrá perdido por completo; lo que una vez ha realizado su tiempo, no renacerá sin ser modificado; en cierto sentido las ideas de la religión son también perdurables; ¿quién refutará una misa de Palestrina ó acusará de error la madona de Rafael? El *Gloria in excelsis* tendrá un poder universal y resonará al través de los siglos tan largo tiempo como la sensibilidad del hombre puede ser excitada por el calorío de lo sublime, y estas simples ideas fundamentales de la redención del individuo por la sumisión de su voluntad á la voluntad que rige el universo, esas imágenes de la muerte y de la resurrección que expresan las sensaciones más emocionantes y más sublimes que pueden agitar el pecho humano y que ninguna prosa es capaz de representar con sus frías palabras, como la plenitud del corazón, esas doctrinas, en fin, que nos ordenan par-

tir el pan con el hambriento y llevar al pobre la alegría, no desaparecerán nunca en una sociedad que haya alcanzado su objeto, obteniendo por su inteligencia un gobierno mejor y por su sagacidad la satisfacción de necesidades siempre nuevas por medio de inventos siempre renovados.

Ya con frecuencia un período de materialismo sólo fué la calma que precede á la tormenta que había de lanzarnos á profundidades desconocidas y dar al mundo una juvenil y nueva forma; dejamos nuestra pluma de críticos en el momento que la cuestión social se agita en Europa, cuestión en cuyo vasto terreno todos los elementos revolucionarios de la ciencia, de la religión y la política parecen haber tomado sus posiciones para librar una grande y decisiva batalla; sea que esta batalla mueva sencillamente los espíritus y no derrame sangre, sea que parecida á un temblor de tierra arroje en el polvo las ruinas de un período ya terminado de la historia universal, sepultando millones de hombres bajo sus escombros, seguramente la nueva era sólo triunfará bajo la bandera de una gran idea, que barrerá el egoísmo y que, como nuevo fin que obtener, substituirá la perfección humana al trabajo incansante provocado por una preocupación exclusivamente egoísta.

Sin duda los combates futuros serán menos crueles si el conocimiento de la naturaleza del desenvolvimiento humano y de los procesos históricos impulsa de un modo más general á los hombres que dirigen la sociedad, y no es posible renunciar á la esperanza de ver en un porvenir lejano efectuarse los cambios más radicales sin que la humanidad se entregue al incendio y la matanza; sería ciertamente la más bella recompensa de las fatigas del trabajo intelectual poder desde ahora ayudar á preparar un camino fácil á lo inevitable, ahorrando terribles sacrificios y llevando intactos á la nueva era los tesoros de nuestra cultura; pero esta perspectiva es dudosa y no di-

simularemos que las pasiones ciegas de los partidos se agigantan y que el implacable conflicto de los intereses se subtrae cada vez más a la influencia de las investigaciones teóricas; en todo caso, nuestros esfuerzos no serán del todo infructuosos; la verdad, aunque tardía, llegará no obstante muy pronto, porque la humanidad no ha de morir aún; las naturalezas privilegiadas comprenderán cuál es el momento oportuno; pero no olvidéis que jamás el pensador que observa tiene derecho a callar porque sepa que han de escucharle contadísimas personas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

NOTAS